

plearse construyendo; es extraño que se olvide que la verdadera soberanía es la de la inteligencia, que debe ante todo ilustrarse á las masas, y que solo cuando el pueblo sea inteligente será soberano; sin duda es vergonzoso que las magníficas premisas de 1789 traigan ciertos colorarios; indudablemente es deplorable que la revolucion francesa haya tenido torpes comadrones; pero nada irreparable se ha hecho todavía, ningun principio social se ha ahogado en el parto revolucionario, no ha habido ningun aborto; todas las ideas indispensables para la civilizacion futura nacieron viables, y adquieren cada dia fuerzas, desarrollo y salud. Ciertamente es que en 1814 estas ideas, hijas de la revolucion, eran tan infantiles que aun se encontraban en la cuna, y debemos convenir en que la Restauracion fué para ellas flaca y descuidada nodriza; pero hay que confesar tambien en que no mató á ninguna. El grupo de los principios está todavía intacto.

En los momentos actuales la crítica es posible, pero el hombre prudente debe mirar con benevolencia la época entera, debe tener confianza y esperar. Debe hacerse cargo de que los hombres teóricos han de exponer sus ideas con lentitud y que en los hombres prácticos es útil el amor que conservan á las cosas que existen, sin el cual la sociedad se desorganizaría con los experimentos sucesivos; debe dispensar á las pasiones las digresiones generosas y fecundas; á los intereses, los cálculos, que unen á las clases entre sí á falta de creencias; á los gobiernos, que anden á tientas hácia el bien en la oscuridad; á las oposiciones, el aguijón que expolea; á los partidos medios la templanza que comunican en las transiciones; á los partidos extremos, la actividad que imprimen á la circulacion de las ideas; á los amigos del pasado, el esmero con que cuidan algunas raices vivas; á los celadores del porvenir, el cariño que profesan á las hermosas flores que un dia darán frutos; á los hombres maduros, la moderacion; á los jóvenes, la paciencia.

Por otra parte, no podemos negar que es borrascosa y turbulenta la época en que vivimos. La mayor parte de los hom-

bres que intervienen en el gobierno del Estado no saben lo que hacen. Trabajan de noche y á oscuras, y mañana, cuando raye el dia, tal vez queden sorprendidos de su obra; quizá contentos, quizá asustados. No hay ya nada cierto en la ciencia política; se han perdido ya todas las brújulas; la sociedad arranca sus áncoras, y en el transcurso de veinte años le han cambiado ya tres veces el gran mástil que se llama *Dinastía*, que cayó herido por el rayo.

La ley definitiva no se revela aun. El gobierno constituido no es la afirmacion de nada; la prensa, tan grande y útil por otra parte, es la negacion perpétua de todo. No se ha redactado aun ninguna fórmula clara y precisa de la civilizacion y del progreso.

La revolucion francesa abrió para todas las teorías sociales un libro inmenso, una especie de gran testamento. Mirabeau escribió en él su palabra; Robespierre otra, Napoleon la suya, Luis XVIII hizo un borron y Carlos X ha arrancado toda la página; la Cámara del 7 de Agosto la ha vuelto á pegar, pero nada más. El libro está abierto y á su lado la pluma; quién se atreverá á escribir? Los hombres actuales son pigmeos y no se atreven; sin embargo, el hombre pensador debe estudiar cuidadosamente la fermentacion social.

Confiamos y esperamos.

¿Quién no presiente que entre el tumulto y la tempestad que reinan en el combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones, que hacen tanto humo y mueven tanto polvo, que tras el velo que oculta aun á nuestra vista la estatua social, apenas bosquejada; que detrás de la nube de teorías, de pasiones y de quimeras que se entrecruzan y se devoran mutuamente; que al través del rumor de la palabra humana, que habla á un tiempo todos los idiomas; que tras el violento torbellino de cosas, de hombres y de ideas, que se llama siglo diez y nueve, quién no presiente, repetimos, que se está verificando algo grandioso y definitivo?...

Dios permanece tranquilo y prosigue su obra.

GUILLERMO SHAKESPEARE

À INGLATERRA

dedico este libro, que es la glorificación de su poeta. Digo la verdad á Inglaterra, á la que admiro como país ilustre y libre y á la que, como refugio, profeso cariño.

VÍCTOR HUGO.

Hauteville-Housse, 1864.

PREFACIO

ESTE libro debía titularse: "A propósito de Shakespeare." El deseo de presentar ante el público la nueva traducción de las obras del célebre escritor inglés, fué el primer móvil que impulsó al autor á escribirlo. El vivo interés que el traductor le inspira (1) no nos priva del derecho de recomendar su trabajo; sin embargo, declaramos que leyendo á Shakespeare se han presentado á nuestro pensamiento todas cuantas cuestiones se refieren al arte. Reflexionar sobre estas cuestiones equivale á explicar la misión del arte y á meditar sobre la deuda que el espíritu humano tiene contraída con el hombre. Ahora que se ofrece la ocasión de proclamar ciertas verdades en esta materia, no debemos eludirla, sobre todo en los tiempos actuales. Así lo ha comprendido el autor, y no ha vacilado en abordar las cuestiones complejas del arte y de la civilización bajo sus diversas fases, que multiplican los horizontes cada vez que la perspectiva muda de sitio, aceptando las indicaciones que el asunto rigurosamente le exigia. De la dilatación del punto de vista ha nacido este libro.

Hauteville-Housse, 1864.

(1) El traductor es Carlos Hugo, su hijo.—(N. del T.)



GUILLERMO SHAKESPEARE

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

Shakespeare.—Su vida.

I.



ACE doce años, en una isla próxima á las costas de Francia, una casa, de aspecto melancólico en todas las estaciones, estaba mucho más sombría al empezar el invierno. El viento del Oeste, soplando allí en completa libertad, hacia sobre esta morada más espesas las brumas que en Noviembre se interponen entre la tierra y el cielo. Anochece pronto en el otoño, y la pequeñez de las ventanas, uniéndose á la brevedad de los días, aumentaba la tristeza crepuscular de aquella vivienda, que tenia por techo un terrado, que era rectilínea, correcta, cuadrada y blanquísima. Nada es tan glacial como el aspecto de esa blancura inglesa. Parece que la nieve os ofrece hospitalidad, y recordais con el corazón oprimido las risueñas y alegres casitas de madera, cercadas de viñedos, que existen en Francia.

Contiguo á la casa habia un jardín

rodeado de tapias, al que se subia y bajaba por escalones de granito; jardín sin árboles, casi sin follaje, en el que se veian más piedras que hojas. Ese terreno no cultivado abundaba en multitud de maravillas, que florecian en otoño y que los pobres del país comen cocidas con congrios. La playa inmediata quedaba oculta detrás de un cerrillo cubierto de yerba, en el que crecian algunas hortigas y una robusta cicuta.

Desde la casa se distinguia á la derecha, en el horizonte, en un pequeño bosque y sobre una colina, la cúspide de una torre; á la izquierda se veia el *dick*. El *dick* consistia en una fila de gruesos troncos de árboles arrimados á un muro, clavados en la arena, secos y descarnados.

La fachada del Sur de la casa daba al jardín y la del Norte á un camino desierto.

Constituian su piso bajo un corredor, que servia de entrada; la cocina y el invernadero, el patio, un saloncito con vistas al camino y un espacioso, pero mal alumbrado gabinete; el primero y segundo pisos contenian cuartos frios, limpios, recién pintados, con muy pocos muebles y que ostentaban cortinas blancas en las ventanas. Así era esa vivienda, en la que

se oía eternamente el ruido del mar. Esa casa, pesado cubo blanco con ángulos rectos, la escogieron al azar sus habitantes, pero el azar quizá tiene algunas veces sus intenciones.

La habitaba un grupo, mejor dicho, una familia; una familia de desterrados. El más viejo era uno de esos hombres que en ciertas circunstancias sobran en su país. Acababa de salir de una Asamblea: los otros, que eran jóvenes, acababan de salir de una cárcel. Escribir forja cerrojos; el pensamiento conduce muchas veces á un calabozo. El destierro les había librado de la prision.

El anciano, el padre, estaba rodeado de todos los suyos menos de su hija mayor y de su yerno, que no pudieron seguirle. Con frecuencia permanecían silenciosos y graves alrededor de una mesa ó sentados en un banco, pensando en los dos ausentes sin decírselo unos á otros.

¿Por qué se habían instalado en tan desagradable vivienda? Quizás por apremiarles la prisa de salir cuanto antes de alguna posada; quizás porque fué la primera casa desalquilada que encontraron, y porque los desterrados suelen no tener suerte.

Esa casa triste era conocida con el nombre de Marine-Terrace. La llegada del grupo allí fué lúgubre; pero hay que confesar que la permanencia les fué grata, y que dejó á las personas que la habitaron recuerdos de afecto y de cariño. Lo que decimos de esta casa lo podemos también decir de la isla de Jersey. Los sitios de prueba y de sufrimiento acaban por inspirar un afecto amargo, que más tarde echamos de menos y nos dan la severa hospitalidad que place á la conciencia. Otros desterrados habían vivido en dicha isla antes que estos; no es ahora ocasión de ocuparnos de ellos. Diremos únicamente que el más antiguo que recuerda la tradición fué un romano, llamado Vipsanio Minator, que empleó el tiempo de su destierro en aumentar en beneficio de la dominación de su país la muralla romana, de la que se conservan aun algunos lienzos, situados junto á la bahía de Santa Catalina. Vipsanio Minator era un personaje consular antiguo, romano, tan amante de Roma, que molestaba al imperio. Tiberio lo desterró á esta isla Cesárea, según unos, y según otros á una de las islas Orcadas. Tiberio hizo más; no contento con desterrarle, mandó que se le olvidase, ordenando á los oradores del Senado y del foro que

no pronunciasen nunca el nombre de Vipsanio Minator: el cruel emperador fué obedecido; la arrogancia del mandato, que llegaba hasta encadenar el pensamiento del hombre, caracteriza á algunos gobiernos antiguos que llegaron á una de esas sólidas situaciones, en las que el mayor número de criminales producía mayor suma de seguridad.

Volvamos á ocuparnos de la Marine-Terrace.

Una de las últimas mañanas de Noviembre dos habitantes de aquella casa, el padre y el menor de los hijos, estaban sentados en la sala del piso bajo. Callaban como náufragos que piensan.

Llovia, soplabla el viento. Ambos meditaban, preocupados tal vez por la coincidencia de verse en el principio de un invierno y en el principio de un destierro.

De repente el hijo preguntó al padre:

—¿Qué opinas de nuestro destierro?

—¿Que será largo.

—¿En qué piensas ocuparte mientras dure?

—Miraré al Océano, contestó el padre.

Hubo un momento de silencio. Le interrumpió el padre, diciendo:

—Y tú?...

—Yo, respondió el hijo, traduciré á Shakespeare.

II.

Efectivamente, hay hombres océanos.

Existen en ciertas almas, como en el mar, las olas, el flujo y el reflujo, el vaivén terrible, el gemir de los vientos, las vejetaciones del abismo, la demagogia de las nubes en el huracán, las maravillosas salidas de los astros, los temibles rayos errantes que tuercen el camino buscando á quién herir, hondos sollozos, mónstruos que se vislumbran, oscuras y rugientes noches, rocas, tormentas, náufragos, naves que se chocan, sangre en el abismo; después gracia, dulzura, fiestas, las velas blancas de los barcos de pescar, las canciones alegres, los puertos espléndidos, el humo del hogar, el azul profundo de las aguas y del cielo, lo inesperado en lo inmutable, la prodigiosa monotonía perpétuamente varia, el nivel tras el trastorno; todo eso puede existir en un alma, y entonces el alma se llama génio, y entonces el génio se llama Esquilo, Isaias, Juvenal, Dante, Miguel Angel, Shakespeare.

Contemplar esos génios, es contemplar el Océano.

III.

§ I.

Guillermo Shakespeare nació en Stratford, sobre el Aron, en una casa que encerraba escondida su profesión de fé católica, que empezaba por estas palabras: *Yo, Juan Shakespeare*. Dicho Juan fué el padre de Guillermo. La casa, situada en la calle Henley, era humilde, y el cuarto en que Shakespeare vino al mundo era miserable; paredes blanqueadas con cal y negras vigas cruzadas en el techo, y en el fondo una descomunal ventana con pequeños vidrios, en los que aun hoy, entre otros nombres, se lee el de Walter Scott, formaban dicho cuarto. Dicha vivienda abrigaba á una familia empobrecida. El padre de Guillermo Shakespeare fué *alderman* y su abuelo *bailio*. *Shakespeare* significa *agita-lanza*; el blason de la familia le representaba un brazo empuñando una lanza, armas parlantes que fueron confirmadas, según se asegura, por la reina Elisabet en 1595, y que pueden verse todavía en la tumba de Shakespeare, encerrada en la iglesia de Stratford. Reina completo desacuerdo sobre la ortografía de la palabra *Shakespeare*; como nombre patronímico, se escribe de varios modos; *Shakspere*, *Shakespere*, *Shakespeare* y *Shakspeare*; el siglo diez y ocho lo escribía comunmente Shakespeare: el traductor actual ha adoptado la ortografía Shakespeare como la más exacta, y aduce en su abono razones que no tienen réplica.

§ II.

La decadencia de la familia Shakespeare la produjo algun pecado original, probablemente su catolicismo. Poco después de nacer Guillermo, el *alderman* Shakespeare tuvo que rebajarse hasta ser carnicero, y Guillermo empezó la vida en un matadero. Aubray dice que á los quince años ya degollaba en la carnicería de su padre carneros y terneras con maestría. A los diez y ocho años se casó. En el tiempo que media del matadero á su matrimonio compuso unos versos dirigidos contra los pueblos de las cercanías, con los que hizo su debut en la poesía. Declara en ellos que Hillbrough es ilustre por sus fantasmas y Bidford por sus borrachos. El autor también lo estaba cuando compuso esos versos al aire libre, bajo un manzano, que hizo célebre en el país por haber escrito el *Sueño de una noche de verano*. En dicha

noche y durante ese sueño, estando entre jóvenes de ambos sexos y ébrios, bajo el susodicho manzano, encontró muy hermosa á la aldeana Ana Hatway, con la que poco después se unió en matrimonio. Tenía ocho años más que él; obtuvo de ella una hija, después dos gemelos, varón y hembra, y la abandonó; y esta mujer, que desaparece durante la vida de Shakespeare, solo reaparece en su testamento, en el que le lega la *peor* de sus dos camas, "acaso, dice un biógrafo suyo, porque legaría la mejor á otra." Shakespeare, como Lafontaine, apenas conoció la vida conyugal. Después que abandonó á la mujer fué maestro de escuela, después escribiente de un procurador y por último cazador furtivo. Este oficio dió pié á alguno para que sospechara que fuese ladrón. Cazando un día le detuvieron en el parque de sir Tomás Lucy y desde allí le condujeron á la cárcel; le formaron un proceso, fué perseguido, pero se libró de la persecución refugiándose en Londres. Para ganarse la vida se dedicó á guardar caballos á las puertas de los teatros. Todavía se ejercía en Londres en el siglo pasado la industria de guardar caballos á las puertas de los teatros, que la constituían pequeños gremios que se llamaban *Shakespeare's Boys*.

§ III.

Podría llamarse á Londres la Babilonia negra. Es lúgubre de día y espléndida de noche. Es sorprendente la contemplación de Londres; es como un rumor debajo de una nube de humo. Por misteriosa analogía, el rumor es el humo del ruido. Paris es la capital de una vertiente de la humanidad y Londres es la capital de la vertiente opuesta. Es una ciudad magnífica y sombría; en ella la actividad es tumulto y la población hormigueo. En ella estamos libres y encajonados á un tiempo. Londres es el caos en el orden. El Londres del siglo diez y seis no se parecía á Londres actual, pero ya era una ciudad desmesurada. Cheapside era su calle principal; San Pablo, que hoy es una cúpula, entonces era una flecha. La peste habitaba casi siempre en Londres, como en Constantinopla. Verdad es que hay mucha semejanza entre Enrique VIII y un Sultán. En Londres y en Constantinopla eran frecuentes los incendios, por estar construidas de madera las casas de los barrios bajos. No circulaba por las calles más que una carroza, la carroza de su majestad. No había en crucijada don-